



EDUCAR PARA SER LIBRES

Por CARLOS SIMÓN FORCADE

Un balance mínimo en torno al sistema de educación cubano en los 50 años transcurridos de la Revolución debe partir de la capacidad de reconocer la continuidad y conciencia política expresada en el diseño de la política educacional y cultural del poder revolucionario desde el mismo inicio en que una nación como la nuestra, con un proyecto de sociedad con **intención socialista** en el Tercer Mundo, tenía que desarrollar una reforma cultural en profundidad para remover y transformar las bases materiales y espirituales del antiguo sistema republicano. Se trataba de una revolución del saber que debía impulsar y promover la formación y el desarrollo de un nuevo sujeto para la historia, preparado para asumir la responsabilidad y los retos que suponía la configuración y desarrollo de este proyecto *societal*. Y el *ethos* de esa reforma cultural partió básicamente del despliegue del movimiento de descolonización que se estaba articulando a lo largo y ancho del Tercer Mundo, y del pensamiento contracolonial y antiimperialista martiano, acorde con el triunfo de un movimiento de liberación nacional, con una amplia base popular, liderado básicamente por el Directorio Revolucionario, el Partido Socialista Popular y el Movimiento 26 de Julio. Su objetivo fundamental era eliminar el analfabetismo, que todos los hombres y mujeres accedieran a una formación técnica y profesional.

Este programa de descolonización, que tenía profundas raíces martianas, marxistas y latinoamericanistas, junto a la necesidad apremiante del poder revolucionario de hacerle frente a la agresividad de la política estadounidense,

convirtió a la ideología en un elemento central de la política cultural y del programa educacional de la nación. La ideología como condición de posibilidad de crear una nueva plataforma discursiva y política donde se situara este poder emergente para la construcción de una hegemonía anticapitalista y antiimperialista, nacionalista y antiburguesa. Pero justamente esto trajo contradicciones que se han extendido en el tiempo, porque reforzó el modelo autoritario de la escuela cubana, al tiempo que generó procesos de marginalización y defenestración que han quedado como huellas en el cuerpo de la nación.

Acontecimientos fundamentales del proceso de educación cubana en los últimos cincuenta años son la Campaña de Alfabetización, la creación de centros universitarios y centros vocacionales a lo largo y ancho de la Isla, la universalización del acceso gratuito para todos desde la enseñanza más elemental hasta la universitaria, los proyectos de educación para la capacitación y superación de la clase trabajadora, los inmensos aportes del Ministerio de Cultura. En un período más reciente, los numerosos programas de la Batalla de Ideas; especialmente la universalización de la enseñanza universitaria en las sedes municipales, Universidad para Todos desde la plataforma televisiva, articulada con tabloides impresos, la ampliación y profundización de los estudios postgraduados... El problema de estos acontecimientos no se encuentra en si crea una historia llena de proezas en el plano de la educación a nivel macro, sino el proceso de reformas que lleva el sistema de educación sobre la base del voluntarismo y el coyunturalismo, cuando debe

ser un proceso de consenso ampliado de toda la sociedad en su conjunto.

Si bien la escuela y la casa son los espacios protagónicos de la educación de los sujetos, no son los únicos que representan y legitiman patrones, normas y saberes que contribuyen al proceso de educación en la vida. La educación es una institución global que se produce cotidianamente y siempre tiene una implicación decisiva en cualquier esfera de la vida humana. Los maestros, los pedagogos auxiliares, las auxiliares pedagógicas, los administradores, el consejo de padres y los demás trabajadores, conjuntamente con los educandos, ejercen la institución de la enseñanza y la educación en su totalidad en el espacio escolar. Y deben discutir temáticas y problemáticas fundamentales como el papel y la conformación de la institución educativa, la calidad de la educación y el futuro de los hijos, la violencia en el proceso educativo, la educación sexual, la educación cívica, la vinculación estudio-trabajo, el papel del consejo de padres dentro de la estructura organizativa de la escuela, el papel de las organizaciones, la base material de estudio, la calidad de la alimentación, la regulación de las becas y los seminternados; los modelos audiovisuales y culturales en general, la educación dentro de la familia y la sociedad; es decir los infinitos recursos en función de una educación democrática y libertaria. Sólo de un consenso auténticamente democrático ampliado y organizado, público y permanente de la sociedad podrá salir y realizarse una reforma estructural de la educación cubana que permita solucionar en gran manera los candentes conflictos que enfrenta hoy.

Pero sólo podremos tener una idea más precisa de la educación cubana en la medida en que tal balance de la experiencia educativa de la nación se articule con los desafíos del presente y las perspectivas para el futuro. Es decir, una visión crítica, dialéctica y propositiva sólo puede emerger de una conciencia política e histórica del mismo proceso de cara a la sociedad que hemos desarrollado. Por tanto, sería pertinente centrarnos en el presente y sus desafíos, sobre la base de la valoración y proyección críticas del pasado más reciente y del futuro más inmediato.

En este sentido es de capital importancia identificar la conexión intensa, debido a su inevitable relación dialéctica, entre educación y cultura, partiendo del supuesto que esta conexión constituye el punto de partida desde el cual el ser humano puede llegar a la mayoría de edad kantiana *-sapere aude-*, a la mayoría de edad martiana *-ser cultos para ser libres*.

El desafío que plantea la dirección de la Revolución cubana de cara al ámbito educativo, es el de profundizar la formación ideológica en los centros escolares, especialmente en los de enseñanza universitaria. Esto reforzará aún más el modelo autoritario de la actual educación cubana, incongruente no sólo con un modelo participativo y consensuado, pluralista y dialógico de educación, sino con la misma sociedad y, por tanto, echará de nuevo por el suelo el desafío que tiene toda la sociedad de reiniciar un proceso ampliado de construcción dialógica de la educación de los infantes, adolescentes y jóvenes de nuestra nación.

A continuación esbozaré algunas tesis que pueden ser importantes a la hora de replantearnos el tema de la educación en su relación con la formación cultural. Me centraré básicamente en el espacio de la enseñanza universitaria.

Algunas tesis sobre educación, ideología y cultura

La formación cultural constituye un elemento consustancial y estructural de la praxis pedagógica y el trabajo educativo. Por tanto, se encuentra en cada punto y en la totalidad de los sistemas de conocimientos y los programas de estudios disciplinarios. Con certeza, Paulo Freire *-el paradigmático pedagogo brasileño que hoy sigue siendo una deuda pública de nuestro sistema de educación, junto a Félix Varela, José de la Luz y Caballero y José Martí-* nos recuerda la estrecha relación entre la política y la educación.

El maestro, uno de los pilares del proceso educativo, no debe manipular los datos, los acontecimientos y el análisis de los fenómenos y procesos para una visión partidaria, como tampoco dejar el proceso de construcción de conocimiento (construcción gnoseológica y axiológica) a la "libre espontaneidad" de lo que aparezca en el azar de lo que se habla o de la oleada de chistes ríspidos, sarcásticos y supuestamente irónicos para atraer a los estudiantes. Pero sí tiene el derecho de ejercer y dejar ejercer el juicio propio. Esto sólo puede ejercerse desde una visión no parcializada de la cultura, la historia y el pensamiento. No debe manipular a los es-

tudiantes, pues el proceso de enseñanza no sólo se compone de una capacidad investigativa y analítica que permita una dotación sólida de conocimientos específicos y una articulación crítica en la clase. Debe generar un espacio de sinceridad, confianza y valores que permita a los estudiantes darse cuenta de la relación fundamental entre teoría y praxis, entre pensamiento y vida.

Pero el pedagogo, si realmente quiere ejercer una praxis pedagógica revolucionaria y democrática, debe ir más allá de la honestidad de generar un conocimiento científico, humanista, objetivo y crítico. En primera y última instancia debe educar en y para la libertad: la libertad que nos permita ser auténticamente cultos. La praxis pedagógica ha de ser potenciada y desarrollada desde la perspectiva de la autonomía y la libertad.

¿Qué significa ser culto, sino precisamente ser libre, ejercer la capacidad de actuar el saber y el poder, en función de la libertad individual y colectiva? Por eso, la cultura, sobre todo en un sistema y una política educacional cuyo objetivo consiste en que los educandos adquieran una cultura general integral, debe comprenderse más allá de los estrechos límites que se circunscriben a los contenidos, métodos y valores que una concepción ilustrada del arte, la literatura y la ciencia proclama desde hace milenios. Debe ir más allá de la mera adquisición de conocimientos aprendidos en las clases de profesores que, sin dudas, pueden y deben tener un gran conocimiento de las materias que imparten, y más allá de los conocimientos adquiridos en los libros. La cultura, en principio, siquiera es una mera cuestión de tener o no tener; más bien consiste en un proceso de ampliación y complejización de las relaciones en que se inscribe y se inserta el sujeto en relación con los otros y la sociedad en su totalidad. Una capacidad que se ejerce y se practica en relación con esa complejidad que nos plantea la vida y la historia en tanto pertenecemos a la sociedad de la cual somos parte, y en relación con esa diversidad que nos plantea la diferencia y la identidad como expresiones dinámicas del cambio y la permanencia de lo social-histórico.

Una universidad puede ser revolucionaria cuando sea autónoma y democrática, cuando la base que la sustente sea la capacidad de producir y reproducir permanentemente los contenidos humanísticos y científicos, emancipatorios y democráticos, populares y críticos de la cultura nacional y la cultura universal.

La capacidad de ejercer los recursos y medios aprehendidos en la sociedad a favor de la libertad individual y colectiva. Aquí la dimensión libertaria está siendo vista desde la perspectiva de la expresión martiana. Por tanto, se trata de la libertad como emancipación social y personal que le orienta al sujeto un cuestionamiento y un posicionamiento impostergable en relación consigo mismo y en relación con el otro.

La formación cultural no es una cuestión de derrochar en el estanco de la conciencia de los estudiantes, instructores de arte, documentales audiovisuales de *History Channel* y manuales precocidos de lectura, sino partir de que la ideología y la cultura no son analgésicos para las almas enfermas a causa del capitalismo transnacional y el neoliberalismo. Esto es una simplificación de la naturaleza del proceso educativo que irrecusablemente pervierte la totalidad del proceso de enseñanza. La selección y la distribución de los contenidos generales y específicos y de los programas de estudios, los modos de esa selección y distribución, la naturaleza de sus objetivos generales y específicos, las prácticas metodológicas de valoración y evaluación en el trabajo docente-educativo, los modos de empleo e inversión de los tiempos de investigación y formación, las formas y niveles de participación y protagonismo tanto del profesorado como del estudiantado en la construcción de la praxis pedagógica, las reuniones metodológicas y los espacios asamblearios y consultivos de las organizaciones dentro del campo universitario, así como los procesos de producción y reproducción de los saberes en su totalidad, constituyen claves básicas en el desarrollo de una educación para la libertad.

La enseñanza universitaria en Cuba proporciona un conjunto de materias que suponen un aporte significativo en la formación ideológica, cuando deberían serlo también en el aspecto cultural. Estas básicamente son Historia de la Filosofía, Filosofía y Sociedad, Economía Política, Historia de Cuba y Teoría Sociopolítica. Sin embargo, la resistencia ofrecida por el estudiantado universitario a tales materias no se deriva de si los contenidos son más abstractos o más

concretos; si los estudiantes dicen que no, pero la administración sectorial dice que sí; sino en la concepción ideológica implícita y explícita en los contenidos de estas materias. La cuestión es más simple, se trata de una vez por todas dejar atrás el dogmatismo que impera en estas materias y adecuarlas a las complejas actualidades de nuestro tiempo y de nuestra realidad histórica.

Es preciso señalar que el universo bibliográfico no puede verse desligado del diseño de las políticas editoriales -y por extensión de las políticas culturales. La responsabilidad intelectual que implican las políticas editoriales, pasa por la gestión ampliada y democrática y el acceso libre a la bibliografía entre estudiantes y profesores; pero también los tiempos de empleo y los servicios ofrecidos por las bibliotecas; el alcance público a fuentes autorizadas y legitimadas, el acceso más democrático a la Red Internet, entro otros elementos. Los esfuerzos que se han hecho en este sentido no se pueden demeritar, sobre todo en materia de política editorial. Sin embargo, la cuestión continúa siendo la obliteración de un gran arsenal bibliográfico y editorial, así como la incorporación sistemática y sistematizada de esta bibliografía a los programas de estudio.

La cuestión de si la formación cultural es auténticamente un proceso de construcción de un individuo con capacidades de autonomía y responsabilidad no puede confundirse con la ideologización del proceso de conocimiento donde el aprendizaje del dogma predomine sobre la capacidad de la interrogación; porque el único resultado sería la despolitización de los educandos y el estancamiento -o por lo menos el conflicto de la presión estructural asociado a la censura y el silenciamiento- de la autonomía creativa del campo intelectual y el campo cultural, en general. La enseñanza de la filosofía en Cuba debe articular un imaginario más plural y al mismo tiempo menos resentido en relación con la visión estrictamente europea. Debe incluir, por ejemplo, los contenidos filosóficos de las culturas africanas, afroamericanas, latinoamericanas, indoamericanas, asiáticas..., desde visiones y métodos propios de análisis y

valoración. La ampliación, actualización y complejización de aquello que se denomina con el término "filosofía" implica una transformación radical de la enseñanza de la Filosofía en nuestra sociedad.

La formación ideológica, sin dudas, está intrínsecamente vinculada a la formación cultural: se co-implican ambas formaciones en la manera de practicar y comprender la relación cultura-ideología dentro del proceso educativo. Un sujeto que tenga la capacidad crítica de percibir y comprender las ondulaciones y expresiones de la conformación y la producción de la hegemonía en la sociedad; que logra saber que esta hegemonía implica una fuerte lucha ideológica por el control de los significados y los imaginarios en el campo del saber y el campo del poder; o simplemente que parta de la sencilla idea de que no hay nada puramente inocente en el espacio de lo que se quiere, se piensa y se hace, de lo que se cree, de lo que se habla o lo que se espera, no puede prescindir de una formación cultural cada vez más sólida. La universidad y el sistema de enseñanza general deben contemplar y articular estas dos ideas en una relación dialéctica. La formación cultural puede proporcionar un imaginario crítico que tenga la capacidad de distinguir los elementos utópicos de los elementos ideológicos y cómo se superponen y complementan en cada uno de los procesos y prácticas sociales. La formación cultural implica un enriquecimiento de ese imaginario con anclaje en la praxis histórica para un sujeto que- como Martí expresara- tenga como su máxima y permanente aspiración la ganancia de su libertad y dignidad individual y colectiva.

Tampoco debemos confundir ideología y cultura. Más bien comprender estos dos conceptos en su articulación y separación, es decir en su autonomía relativa al interior del campo expandido de la sociedad. Por ejemplo, la formación cultural es condición de posibilidad para comprender la relevancia y riquezas significativas de toda la obra política, cultural y poética de Nuestro Apóstol; pero la ideología permite leerlo crítica e interesadamente. La relación dinámica entre cultura e ideología desde una perspecti-

El desafío que plantea la dirección de la Revolución cubana de cara al ámbito educativo, es el de profundizar la formación ideológica en los centros escolares, especialmente en los de enseñanza universitaria. Esto reforzará aún más el modelo autoritario de la actual educación y echará de nuevo por el suelo el desafío que tiene toda la sociedad de reiniciar un proceso ampliado de construcción dialógica de la educación de los infantes, adolescentes y jóvenes de nuestra nación.

va emancipatoria nos permite la humildad epistemológica de saber que nunca saldremos totalmente invictos, pero tampoco seremos totalmente vencidos. Nos permite ver los perniciosos movimientos de la dominación, pero también las infinitas y fugaces posibilidades y vueltas para llegar a la liberación.

Al mismo tiempo debemos repensar la relación intrínseca y ambivalente entre ideología y cultura, a fin de caer en la cuenta del peligro de suplantar la necesidad de una sólida formación cultural -para la investigación y el compromiso con el saber orientado hacia la vida y hacia la historia- por la formación ideológica a "secas". Cuando se promueve en el espacio universitario esta separación entre cultura e ideología, y aun se comienza a sospechar desde la ideología, convertida en plaza policial, la potencialidad creativa y libertaria de la cultura en tanto capacidad de practicar la complejidad y la diversidad, entonces ya no se debe hablar de la formación ideológica como base del desarrollo de una actitud y una acción política individual y colectiva en el estudiante a favor de la consolidación de la revolución y el socialismo, sino que simplemente se está efectuando una ideologización del espacio del conocimiento y de la praxis. La ideologización no es más que la estetización de la política en el plano del saber capturado por la coerción y la torpeza del poder. Frente a esto, proponemos la politización de la cultura, es decir, el

reconocimiento del saber como praxis constructiva, creativa y reflexiva.

La cuestión de la enseñanza de la historia -especialmente la historia nacional, pero también la historia universal- constituye sin duda una de los elementos básicos de la formación cultural. El problema es precisamente cómo y desde dónde se enseña y aprende la historia, bajo qué **visión del mundo** -es decir, ideología- se articulan los contenidos de nuestra historia. Ante la actual mezcla de positivismo, historicismo y una colada de "curiosidades" de toda una promoción profesoral que intenta sobrevivir al espanto de estudiantes cansados del mismo discurso lineal, existe una alternativa que implica aprovechar todo un caudal metodológico a partir de una concepción dinámica y crítica de la historia, donde con una doble mirada se articulen los grandes acontecimientos centrales del poder y la infinidad de prácticas y detalles de la cotidianidad espesa de los sujetos históricos; donde la fuerza aún viviente del pasado en miles de monumentos, ruinas y fantasmas se combine con la fuerza cada vez más asombrosa y quemante del presente histórico. Los estudiantes en su formación lo que más precisan no son justamente aquellos conceptos abstractos que les permitiría poseer una sólida visión del mundo y, especialmente de su sociedad. Precisan hoy más que nunca de la posibilidad de que entre ellos mismos se genere un intenso y ampliado espacio de

diálogo, confianza y esperanza, que les permita recuperar los contenidos esenciales de una sociedad donde ellos puedan vislumbrar un proyecto de vida. Un espacio en que ellos mismos se conviertan en co-protagonistas del diálogo, del consenso y de las condiciones políticas e intelectuales que precisa el desarrollo de una sociedad cada vez más democrática.

La formación cultural de los estudiantes no se puede garantizar desde un paquete preconcebido de raíces y recetas para aliviar nuestras penas en el paraíso del conocimiento ilustrado. La formación cultural tiene su base en el diálogo profundo, con carácter de apropiación crítica y de performatividad creativa, entre la cultura local y la cultura nacional, la cultura nacional y la cultura universal. Pero en primera instancia, en el diálogo real y creativo que surja entre los mismos participantes de la sociedad implicados en la formación para decidir y crear las bases de lo que pueden, quieren y deben comprender y practicar en su vida.

La cuestión de la formación cultural pasa indubitadamente por el punto medular de cuál universidad se construye en nuestra sociedad. Es decir, si parte de una concepción predeterminada, excluyente y estática de la "universidad para revolucionarios"/ "universidad de los revolucionarios", o si acepta y avanza a un nivel de madurez acorde con la cultura política de la sociedad cubana en el sentido de una **universidad revolucionaria para todos**, con capacidad de darle una realidad sustantiva en los contenidos y las prácticas a esta condición. **Una universidad revolucionaria si es autónoma y democrática, donde la base que la sustente sea la capacidad de producir y reproducir permanentemente los contenidos humanísticos y científicos, emancipatorios y democráticos, populares y críticos de la cultura nacional y la cultura universal.**

